

El Estreño



RES repiques de timbre se han perdido al fondo de la sala.

Las candilejas se iluminan. Se alza el telón; telón de ilusiones y de esperanzas; telón de angustias y desengaños. La obra da comienzo.

El espectador sentado en su mullida butaca, supremo juez exigente, que ha comprado su título por una pequeña cantidad de dinero, se dispone a juzgar a su reo sin ninguna contemplación. ¿Tiene él por sabido, los esfuerzos que supone levantar un telón? El paga y exige. En el teatro, unos pagan, otros cobran, pero todos exigen. Exigen a los demás; pero, ¿se exigen a sí mismos?

La obra ha empezado. Sí; ha comenzado, pero no de una manera súbita. Ha empezado, después de dos semanas de intensa propaganda, de dos meses de agobiadores ensayos y de dos años de suprema entrega al trabajo de un hombre con esperanza suma. Gran virtud ésta de la esperanza, sobre todo para el autor novel, que es el que estreña esta noche.

El autor, el máximo responsable del éxito o fracaso de la obra, pasea algo nervioso. Cosa natural, es su primer estreno y tiene los nervios algo sueltos.

¿Ha puesto en buenas manos la representación de su comedia? El hubiera querido dársela a la mejor compañía, pero las circunstancias le han obligado, so pena de esperar otra ocasión. ¿Qué puede hacer el autor novel sino esperar? Y él ha esperado, días y meses, combinando la espera con el retoque de su obra. Y hoy le encuentra defectos; defectos que antes no veía y ahora, cuando está siendo representada ante doscientas personas, se da cuenta de ellos. No, no... todo es producto de su nerviosismo. La obra tiene que gustar, es comprensiva, al alcance de todos y... ¿Y si no gusta? No, hay que desterrar esta posibilidad; la comedia nacida de su amor, de su comprensión, de su fe y hecha con todo su corazón y afición, tiene que agradar, no hay otra alternativa.

La obra ya va deshilando toda su trama. Los actores se desenvuelven en escena lo mejor que saben. Se juegan esta noche gran parte de su carrera profesional. Esa estimada y difícil carrera de ilu-

Reprochaban a un conocido comediógrafo el que estrenara obras sin otra pretensión que halagar el mal gusto de la plebe. Y el contestó: —Cuando vas a pescar, ¿qué pones en el anzuelo? ¿lo que te gusta a tí o lo que le gusta al pez?